

Fábula del león

Había una vez un León que vagaba por la selva buscándose la vida día tras día, contemplando amaneceres y durmiendo atardeceres. Cuando el hambre le apretaba surcaba las sendas entre la maleza en busca de algún animal que devorar. Pasaba hambre. Había veces que su desesperación era tal que creía morir, pero siempre encontraba un ave herida, un ciervo tan viejo que no podía correr o alguna fiera durmiendo. Entonces comía y vivía tranquilo tres o cuatro días más paseando por la sabana y durmiendo largas siestas a la sombra. Una de las veces que le sobrevino el hambre, mientras velaba para cazar pensó:

¡Qué feliz viviría yo si tuviera la comida asegurada hasta ser viejo! ¿Quién sabe lo que me pasará cuando ya no pueda correr tras las presas? ¿Y si me rompo una pata?

El león corría, cazaba, comía y dormía y siempre anhelaba tener una gran reserva de comida para no preocuparse por su futuro.

Un día olfateó algo distinto. Una caravana de automóviles con grandes remolques circundaba la selva. Llevaban unas jaulas y en una de ellas vio unos leones amigos suyos, que habían sido capturados para llevarlos a un circo de Europa. En la jaula había un costillar de cabrito a medio comer y sus dos amigos estaban tumbados durmiendo.

El león se decía: ¡Esos dos tienen la comida segura todos los días hasta morir, qué felices deben ser!

Su sorpresa fue tremenda cuando notó una fuerte sacudida a la espalda y antes de darse cuenta estaba envuelto en una red rodeado por dos humanos, uno de los cuales le apuntaba con un arma.

¡Ahora, ahora! Gritó el otro; en ese momento el león notó un fuerte escozor que le recorrió todo el cuerpo, acto seguido le fallaron las fuerzas y la vista se le nubló cayendo pesadamente al suelo, dormido.

Cuando despertó estaba en la jaula con sus dos amigos. Se sintió feliz y se comió lo que quedaba del costillar a la vez que pensaba: Ya no tendré que preocuparme por nada, por fin tengo mi comida asegurada.

Menos de dos meses más tarde, ya en el circo en otro país, nuestro león ya no se sentía tan dichoso como el día de su captura.

Ahora se le veía el doble de gordo, bostezando tumbado en un rincón de su jaula él solo, con muchos restos de comida esparcidos.

El león dormía y soñaba con poder salir un día a correr detrás de los ciervos o simplemente a refrescarse una noche de luna llena en la charca de la sabana.

Pensaba: ¡Qué feliz sería yo si pudiera salir de esta jaula y volver a África a correr por las sendas de la selva!

Moraleja:

Disfruta el momento, pues nunca te ha de faltar ya tengas asegurado el pan o la libertad.

Tan solo pídele al cosmos que no te deje odiar, pues lo demás por añadidura de seguro te llegará.

Jaime Colom